

## Una conversación

A partir de diálogos propuestos por CRA|Centro Rural de Arte desde la llanura pampeana, a cada uno de los integrantes de la Residencia Ventisca, que tuvo lugar en LA PLANTA, Calderón, Ecuador, entre enero y marzo de 2021. El texto es ensamblado por Elina Rodríguez y María José Trucco.

Podríamos citar en cada uno de los textos, las iniciales de los nombres de los participantes, para poder rastrear las partículas de esta masa de aire, aunque no estamos seguras que corresponda.

Participaron de la conversación: Alejandro Cevallos, Pluma (Luis Marcelo Quillupangui), maríafnANDa Gallardo-hernÁNDEz, Lionel Cruet, Maru Giraes, Byron Toledo, Massiel Carrillo, Maya Ponce, Nico Serrano, Elina Rodríguez y María José Trucco.

Dibujos: Massiel Carrillo.

El Tzawar. El Quishuar. El Guarango. La Chilca. El Cactus. El Taxo. La planta sigue ahí. Como siempre, o más bien con cambios imperceptibles para el pasar humane, resistiendo a ser desterrada, en medio del drástico desplazamiento de rural a periurbano que atraviesa la región de Calderón. Testigo de la disputa territorial entre lo industrial y lo habitacional, entre galpones de fábricas aún en funcionamiento y otros en proceso de abandono, entre el creciente número de conjuntos habitacionales cerrados y aislados. Entre esta puja, también hay terrenos que si bien tienen dueña, todavía se mantienen como áreas verdes y abiertas.

El olor de LA PLANTA es seco, mezcla de pintura, aserrín y óxido. Óxido de memorias irreconocibles.

El olor no conoce los límites entre lo privado y lo público, y oler es un intercambio inevitable entre el interior del pulmón y el espacio exterior. Permite también intuir cosas sobre los lugares, y puede ser un pasaje entre la memoria y el presente. Algunos olores son más permanentes y otros más eventuales.

Una residencia irrumpe en LA PLANTA. Como una ventisca que trae olor a reunión, a choclos, papas, té, café, leche, snacks, compostera. Lodo fresco para abonar una planta de Taxo.

Ahora, acá, nosotras quienes conversamos somos un grupo de personas reunidas por una determinada cantidad de tiempo con el objetivo de desplegar procesos entramados en la comuna de Calderón y dispuestas a dejarlos andar hasta los lugares que quieran alcanzar. Para esto disponibilizamos algunas prácticas.

Caminando, por callejones, entrando, saliendo, atravesando, alternando. En algún perímetro amorfo. Reencontradas luego de la distancia. Ahí, en un ir y venir, en el continuo seguir, llegar a un sitio, continuar, pausar, detener, concluir, redireccionar, llamar a la puerta.

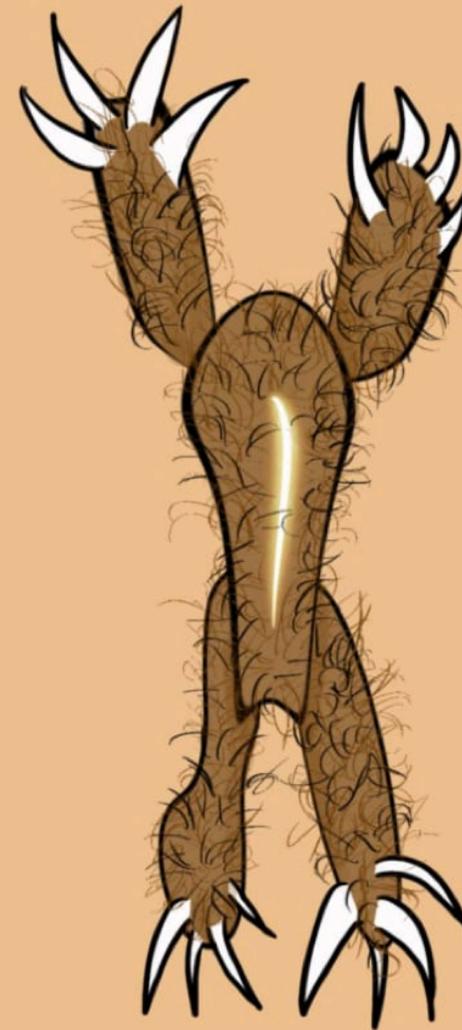
Construimos pequeños ensambles con los materiales del lugar donde estamos. Maquetas de posibles reorganizaciones espaciales. Una oportunidad de reorganizar nuestros propios escombros y de imaginar organizaciones inexistentes. ¿Qué fuerzas están operando en este espacio?

Nos sumergimos en un espaciotiempo para dejarnos emerger a través de los sentidos más relegados, perdidos, desentrenados, descentrados, silenciados. Sintonizar un estado. Soltarse al acto de la comunicación como ese desequilibrio permanente hacia delante que nos ocurre al caminar.

Una residencia de proyectos artísticos es un estado.

Somos observadoras. De un proyecto geopolítico asolador, de una irrisoria disposición y uso del espacio. ¿Por qué todo parecía como si se hubiera desprendido de su lugar? La brújula viene siendo Google Maps. La autopista de la información. La política de la cuchara, la relación con los alimentos y el sistema de consumo de las ciudades que viene cambiando la geografía del mundo.

¡Alguien que cure el espanto!



¿Entonces dónde despliega la acción este grupo de artistas, educadoras, aprendices despistadas, caminantes?

Hay otras formas, unas formas que han estado desde antes. Otras formas, para deshacer el progresivo olvido y abandono. Otras formas, que no es el Estado, que no es la propiedad privada. Agricultoras, cocineras, hierbateras, cuidadoras, personas-comunidades que han aprendido a trabajar juntas y están re-creando la vida. Nos acercamos a fin de entablar conversación, contar lo que hacemos e invitar a participar.

Ella accedió a ser nuestra maestra. Ella accedió a curarnos. Ella accedió a cultivar nuestros alimentos. Ella accedió a cuidarnos.

En un recinto pequeño colmado de olor a sahumerio, entro algo agachada. Atravieso la experiencia con ojos cerrados y agudizo la confianza, poco a poco mi cuerpo se va entregando y poniendo más permeable. Primero las hierbas mientras escucho un rezo susurrado. Chilca, Eucalipto, Ruda, Toronjil, Marco y Santa María. Luego dos huevos donde se refleja mi estado físico-emocional. Siento la piel de cuy en mi piel y sus garritas enredándose en mi cabello. Mientras yo sano, el cuy va muriendo. Para los días siguientes una receta de baños de hierbas, primero amargas, y luego dulces, durante esos días sudo lo que la piel metaboliza.

El espanto, la limpia, el mal de ojo, un ritual de sanación que se guarda hasta que toma contacto con la confianza y empieza su despliegue.

¿Qué relaciones podemos trazar entre esta experiencia y un proyecto de arte que se inscribe desde una perspectiva de interdependencia? ¿Qué hay en esta elección de atravesar un ritual andino de sanación llevado a cabo por mujeres? ¿Cómo esto puede emerger en un proceso artístico?

La planta sigue ahí.

Concentrarse en la voz, en la palabras, en las ideas y recuerdos que vienen de la persona que tienes en frente, sostener la mirada, luchar contra la impaciencia propia, contener las preguntas inoportunas, reconocer las diferencias, escuchar y responder ¿qué tiene que ver esto que escucho con mi propia historia de vida? Una escucha que se deja afectar y por tanto capaz de transformar.

Las Mujeres Agricultoras de Llano Grande, una historia importante para entender la lucha por la memoria y el territorio de las mujeres comuneras en Quito. Escuchar sobre su trabajo me ayudó a descifrar mejor un paisaje de Carapungo - Calderón - Llano Grande que hasta el momento me había parecido anodino, y que sin embargo, en buena medida es resultado de un conflicto local que hoy nos involucra a todas.

Sembrar la tierra en asociación, trabajar con reciprocidad, renunciar a estimulantes sintéticos y a los pesticidas de la agroindustria, llenar una canasta de alimentos frescos y accesibles para la gente de la comunidad. El trabajo de las comuneras está nutriendo la tierra, está creando otros paisajes de

la ciudad y re-creando, haciendo presente la memoria de las abuelas.

¿Cómo se relacionan estas historias de vida con mi propia constelación de referentes? ¿Por qué deberían compartir sus historias? ¿Qué desafíos implica una exposición pública? Pero también ¿qué resonancias pueden tener esos testimonios?

Necesitamos escuchar sus palabras, necesitamos reconocerles como referentes para poder des-acomodar nuestros privilegios.

Caminar para deshacer el progresivo olvido y abandono de rutas relegadas, para seguir en relación y (re)conociendo.

Bocetamos un mapeo pedestre de ejemplares de plantas Tzawar habitantes del sector, para establecer una ruta tzawarquera. Una trayectoria a ser andada por humanas en un lapso espaciotemporal de dos horas u ocho kilómetros, aproximadamente. Bocetamos un segundo mapeo, el de humanas habitantes muy próximas a Tzawars en la ruta tzawarquera definida previamente. Nos acercamos después del acto adivinatorio en la lectura fenomenológica del instante y la autoescucha intuitiva del momento, a fin de entablar conversación, contar lo que hacemos e invitar a participar en el proyecto. Ser parte del proceso de enseñaje de lo que es el Tzawar y su transmutación como alimento, vestido, material de construcción y derivados varios.

¿Cómo provocar sincero interés en la comunidad hacia un proyecto que no nace de alguien de dicha comunidad? ¿Cómo agitar participaciones desde la voluntad propia y con compromiso auto asumido?



La planta sigue ahí.

Hay experiencias que escapan al ciberespacio. No se accede digitando un click. Requieren del coraje de un cuerpo presente dispuesto a transformarse. De temporalidades variadas y misteriosas. De la capacidad de celebrar vínculos vitales.

Este modo de andar los procesos artísticos, reconoce la observación como dispositivo de generación. Una observación en lo cercano pero agudo. No sobrevalora la creación de algo nuevo, sino más bien se propone colaborar en re posicionar asuntos de la trama de relaciones de una comunidad.

Esto implica sin duda un soltar muchas de las convenciones aprendidas del campo del arte y aventurarse a lo que las materialidades, dinámicas e informaciones precedentes a los proyectos proponen.

Y preguntarnos ¿dónde se inscribe lo que hacemos? ¿qué modos de reciprocidad inaugura?

La planta sigue ahí.

